

EN TORNO A VAN GOGH (Prólogo)

María Jesús Aparicio González

Donde las líneas están muy próximas y acentuadas, allí es donde empieza la pintura.

Vincent Van Gogh.

Todos coincidimos hoy en día en ver a Vincent Van Gogh, como un genio de la pintura. Algo impensable en su época, si tenemos en cuenta lo que opinaba de sí mismo el pintor, su hermano Theo, sus amigos y los primeros críticos que se atrevieron a enunciar algún juicio sobre la obra del artista. Lo que si podemos afirmar es que en aquél momento todos ellos coincidían en apreciar la entrega y pasión que Vincent proyectaba.

En su extraordinaria correspondencia “escrita a pincel” expresa su impaciencia, su falta de tiempo, la impotencia de no poder plasmar perpetuamente sus emociones en el lienzo. Nos transmite, como pintura y vida eran una única cosa, unidas en un ritmo trepidante, en ocasiones angustioso, sin quietud, separado de todo y de todos, al margen de las corrientes artísticas imperantes. Solo, muy solo, con apariencia casi mística, vivía pintando, sucumbiendo dolorosamente ante la dificultad de la creación.

Las profesoras del Área de Historia del Arte del Instituto de Humanidades Ángel Ayala, hemos querido recordar a la figura de Vincent Van Gogh, desde diferentes perspectivas. Nos sumamos al reconocimiento que el siglo XX, hace del artista que en vida no pudo escuchar lo que de genial tenía: por su originalidad, su modernidad, su capacidad de creación, como precursor de otros movimientos, como valedor de la expresividad pictórica, etc., etc., y ¡por lo que nos puede llegar a gustar!

TRADICIÓN Y VANGUARDIA: MILLET Y VAN GOGH

Magdalena de Lapuerta Montoya

De todos es sabida la admiración de Van Gogh por Millet: “Millet es el maestro, el consejero y guía de los pintores jóvenes en todos sus dominios.”¹

Fue una admiración que le acompañó toda su vida. La pintura de Van Gogh fue cambiando, mutando pero lo que Millet significó para él permaneció inmutable. No vino contradicho por su evolución pictórica. Es más, permaneció en el trasfondo como una gran compañía. Qué es lo que realmente acompañó a Van Gogh de Millet, qué es lo que vio en él por lo que sintió tal sintonía a lo largo de toda la vida. ¿Qué aprendió realmente de él? Lógicamente lo que más llama la atención es la recreación y copias de las obras más importantes de Millet. Su obsesión por interpretar su música desde su vivencia personal. Es sencillo maravillarse al ver estas reinterpretaciones y gozar con su fidelidad y su novedad, con el diálogo pictórico que Van Gogh entabló con Millet a través de la copia de sus obras.

Pero no basta esta primera aproximación a sus paralelismos temáticos ni a sus réplicas para entender que es lo que unía a estos dos pintores y qué es lo que aprendió Van Gogh de Millet. Tampoco bastan los testimonios del propio Van Gogh, pues a veces su propio subjetivismo, su admiración, su fantasía, le conducen a afirmaciones que no siempre se corresponden con la realidad. Evidentemente la figura de Millet fue creciendo en él como un gigante, pero quizás puso en él más de sí mismo de lo que fue consciente. Poco antes de su muerte en 1889 van Gogh aún afirmaba “Cuanto más reflexiono, más encuentro que tiene su razón de ser buscar reproducir los cosas de Millet”.

En la actualidad, la figura de Millet está sufriendo una revisión historiográfica y, con ella, su relación con la pintura de Van Gogh. La crítica reciente evidencia una serie de aspectos que deben tenerse en consideración a la hora de aproximarse a la pintura de Millet y sobre todo, para entender cómo miró Van Gogh la obra de este artista pues estuvo inevitablemente mediada por la mitificación o hagiografía que algunos autores contemporáneos a Van Gogh hicieron de ella.

La crítica moderna sobre la pintura de Millet, pone tan en entredicho la veracidad de la visión que Van Gogh tuvo del artista que se hace difícil explicar su complicidad secreta. Pasemos a sintetizar algunas de

¹ Van Gogh, *Cartas a Theo*, Paidós Estética, 2007, pág. 153 (carta 400)

las observaciones que han puesto de relieve en su intento de análisis científico, serio sobre las relaciones pictóricas entre ambos artistas.

En primer lugar el Millet del que se empapó Van Gogh estuvo totalmente mediado por la biografía que Sensier escribió de él y que fue publicada en 1881. Van Gogh leyó la biografía de Sensier en 1883 y quedó realmente imantado por la personalidad que en ella se traslucía.

La obra de Sensier fue la primera biografía completa que se escribía sobre Millet y fue obra de referencia indiscutible a lo largo del último cuarto del siglo. Sensier recogió multitud de cartas de Millet, anécdotas de su vida, testimonios del artista sobre su concepto de pintura, su relación o comunión profunda entre su pintura y la naturaleza: una dependencia absoluta de la Naturaleza para su creación, y su necesaria contemplación para alcanzar esa síntesis sencilla, desprovista de todo accesorio que refleja en sus obras. El silencio que emana de ellas, la intensidad de la figura humana en los trabajos más manuales, mecánicos y sin embargo cargados de una densidad infinita otorgó de Millet la imagen del “pintor bíblico de la Naturaleza”, en expresión de XX.

Hoy en día se discute la veracidad, o por lo menos, la simplificación mística de la figura de Millet. Se responsabiliza a Sensier de haber transmitido una imagen del pintor idealizada. Su perfil insiste en la pureza de sus orígenes como hombre del campo no adulterado por la decadencia de la ciudad. Por su alma intrínsecamente ligada al campo, pero no como mero observador burgués sino como protagonista, trabajador de la tierra, y de sus secretos que aprendió de niño, junto a su padre y que ni siquiera abandonó siendo ya pintor consagrado, en Barbizon, pues continuó dedicando a su huerta y jardín las mañanas para trabajar con los pinceles por la tarde.

Hombre que no dejó de meditar durante toda su vida las Sagradas Escrituras, que constituían, según él mismo afirma en 1653, su fuente de inspiración. Su religiosidad pura, sencilla, concebía la vida como una unidad armónica en donde todo nacía de una misma fuente. La acción tenía un peso eterno y es esa eternidad, la que buscaba plasmar en cada figura, en cada paisaje.

No cabe duda que la personalidad de este pintor, sencillo, virtuoso, buen padre de familia, trabajador y lleno de energía para no pararse ante ninguna dificultad componía, sin duda, una extraña simplicidad difícil de encontrar en los artistas de su época. Pero tampoco se puede obviar que en los años ochenta la pintura de Millet fue admirada tanto por los más férreos defensores de la tradición académica como por los pintores más vanguardistas.

En la actualidad han surgido nuevos estudios que han querido revisar la pureza de la pintura de Millet, desnuda de cualquier matiz político y social. Sensier presentaba a un hombre lleno de compasión por el hombre pero ajeno a las doctrinas socialistas y anarquistas que animaban a muchos de los pintores realistas. No olvidemos de detrás de los principales protagonistas del realismo, detrás de un Courbet, existía una conciencia social, un compromiso con las teorías de Proudhon, una voluntad de desvelar a través de su pintura la dureza de la vida del campo, la miseria que rodeaba la vida rural. Un deseo de desligarse del idealismo burgués para comulgar con la crudeza de la vida real, del dolor del hombre desnudo de todo artificio, y solo frente a su trabajo y la dureza de la supervivencia.

¿Realmente Millet fue un artista exento de toda preocupación social y política como nos transmitió Sensier? Esta imagen del pintor, libre de cualquier compromiso social ha caracterizado la pintura de Millet y hoy